



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA 6611  
E57  
T75

ES PROPIEDAD

# PRÓLOGO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
AVDA. JOSE MONTEROSY, 1462104



## Wenceslao Fernández-Flórez

---

### I

*Fué una noche de Carnaval, en la Coruña. Yo era un espíritu madrileño que navegaba en las aguas gallegas con un gesto gallardo y un mohín presumido. Yo era cortesano. Había paseado por la Puerta del Sol, había visto mi firma en el ridículo periódico que se llama La Epoca, había estrechado la mano fermentida de Zamacois. Yo era un coloso.*

*¡Galicia! ¡Bah! Aun la recuerdo como entonces la vi. Era una hembra zafia, opulenta, con dos senos ubérrimos, capaces de nutrir á una generación. Era un hombrón achaparrado, en cuyos lomos hercúleos yo había visto trasladar mi baúl á lo largo de una calle madrileña. ¡Galicia! Alla en el fondo de mi espíritu, era un pedazo de tierra bonita no vista jamás, era el sonido suave de una gaita no oída nunca.*

*Era una noche de Carnaval, en la Coruña. ¿Te acuerdas, don Lope? Tú, de improviso, con el gesto más grave de tu silueta*

lúgubre, echaste con los dedos, hacia atrás, un rizo de tu negra melena. Y te quedaste reflexivo, meditando, brujuleando en tu psicología. Yo me dispuse á oír una sabia sentencia. Y quedé pensativo, dispuesto á asentir, tras de haber escuchado un apotegma.

Sonreiste después.

—Bueno; esta noche iremos al baile del teatro. Nos acompañará Fernández-Flórez.

Después te sumergiste en un pensamiento profundo, y tu semblante se reconcentró, y la arruga de tu frente se hizo más intensa. Extendiste un brazo. No resollé. Por fin, de tus labios, saldría el temible augurio, la frase trágica, la elucubración triste de tu espíritu torturado y sombrío. Hablaste.

—El lacón y los grelos no estarán mal. Y el viniño de Huelva, tampoco.

Asentí. Por la noche nos zambullimos en el teatro Principal. Y aun te recuerdo, soberano don Lope, danzando una habanera con tu ropilla hidalga, con tus lacias guedejas, con aire hierático, como si fueras un ídola tra que cumpliera el rito bailarín de una religión inusitada. Y aun veo á Pepiña, morena y nerviosa, y á Flor, sonrosadita y pizpireta, y á Encarnación, gallarda y florida como un verano lleno de sol y con aroma de claveles.

En el descanso compareciste con un ser diminuto.

—Wenceslao Fernández-Flórez.

Ante mis ojos se había puesto una figura

menuda, delgadita, vivaz. Comenzaba en un chambergo osado, caído de alas con desfachatez. Seguía una cara fina, en la que avanzaba gallardamente una larga nariz aguileña, y en la que rebrillaban, irónicos, dos ojillos minúsculos. Abajo sonreían unos labios delgados y escépticos. Después un traje. Luego unos calcetines de seda, calados, presumidos, y abajo, volubles, unos zapatos de charol.

Contemplando la figurita menuda, sonreí. Después, cuando don Lope afirmó:—Un periodista de mucho talento—, sonreí con vanidad gallarda.

¡Un periodista! ¿Acaso existían periodistas gallegos? Fernández-Flórez me miraba irónico, acentuando la mirada satírica con el desenfado de la nariz sarcástica.

Nos separamos. La mazurca meciase en el aire. Brillaban las luces. Pasaban las mujeres, radiantes. ¿Te acuerdas, Mari-Juana, de cómo el periodista madrileño depuso ante tus pies gentiles, aquella noche, todos sus laureles?

## II

Había terminado la fiesta. ¡Cómo brillaban nuestros ojos á la salida del teatro! En la acera de enfrente fulgían las luces de una tienda abierta, como un refugio inesperado.

Tú, don Lope, nos detuviste de pronto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. YES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Callaste un momento. Fernández-Flórez á tu derecha, yo á tu izquierda, aguardamos. Luego tu voz tuvo un tono profético.

—¿Bebemos unas copas?

Y entramos. Una dama escanció nuestro dorado vino.

Don Lope propuso brindar. La noche, alegre, de danzas y músicas, había hecho un nudo de nosotros. Nuestros espíritus juveniles parecían juntarse en un tacto de codos á la salida del baile, teniendo cada uno en la cabeza el preludio de una historia de amor comenzada en la polca, terminada en el sotis.

Acepté el brindis. Pero Fernández-Flórez dió un paso atrás, hurtando su copa.

—Yo no puedo brindar con un genio. Es demasiado honor—. Y me miraba con los ojillos punzantes, que brillaban acusadores en el rostro afilado, seco.

A la hora de pagar, Fernández-Flórez con- tuvo tu mano, ¡oh pródigo don Lope!

—Debe pagar el periodista madrileño. Por algo es cortesano y rico.

Pagué y salimos. Al llegar á la calle, pensé que aquel delgadito señor, tenía un mundo de maldad dentro de su cuerpecillo menudo.

### III

Las cuatro de la mañana. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Una noche de baile, de idilios, no podía terminar prosaicamente. El horror de

la cama vulgar, del ronquido protervo, escuchado en el cuarto inmediato, donde duerme el ecuánime amigo que no ha ido al baile.

—Tenga usted una idea—me dijo de pronto Fernández-Flórez, sonriéndole á un absurdo. Después cambió de pensamiento—. Tendré yo la idea. Es más fácil...

Y recordarás, don Lope, cómo fuimos penetrando en el café. Nos sentamos junto á un velador.

—¿Qué toma usted?—dijo Fernández-Flórez mirándome—. ¿Chocolate? ¿Se toma chocolate en Madrid?

Yo tenía entorpecido el ingenio. ¡Era tan repentina la aparición de aquel espíritu sagaz! ¡Era tan insólita la existencia de un hombre terrible en Galicia!

Quedé un poco mohíno. Tomamos chocolate. Cada vez que Fernández-Flórez metía sus bizcochos en el Soconusco, decía un chiste cruel, endemoniado, perverso. Y los bizcochos no se acababan nunca.

Me ardía la cabeza. Frente á mí, iluminados por la luz vacilante del café, brillaban los ojillos minúsculos de Fernández-Flórez, y su nariz aguileña era una afirmación rotunda, que contrastaba con mi vacilación, con mi aturdimiento.

Salimos á la calle. Amanecía. Sobre el mar azul tendía el sol su manto de oro. A lo lejos veíanse las costas de Santa Cruz. Los barcos pesqueros exhalaban remotos sus soplos de humo blanco.

Don Lope se detuvo resuelto. Frunció el ceño. Iba á tomar alguna resolución inusitada.

—¿Qué opináis de marcharnos á dormir?

Opinamos en pro. Nos despedimos. Y todavía Fernández-Flórez no quiso dejar agotado su caudal de ironía. Y aun dijo algo que consternó mi ánimo.

Entonces, yo no pude soportar por más tiempo mi situación nefanda. Me resolví.

—Tiene usted mucha gracia y una barbaridad de talento. Le admiro á usted. Y deseo ser tu amigo si me permites el tuteo.

Fernández-Flórez estrechó mi mano con apretón fraternal.

¡Galicia! Sacrosanta Galicia, á quien por madre adoptiva tengo. ¡Qué grandes sorpresas encierra tu complicada vida para los cortesanos que llegan á tus lares!

¡Galicia! ¡De qué distinto modo te contemplo! ¡Eres una mujer elegante, bellísima, sagaz, con toda la rotunda hermosura de una diosa, con toda el alma sutil de una princesa del boulevard! ¡Y eres un hombre menudo, de faz angulosa y ojos vivaces, que en una noche de Carnaval te apareces al cortesano presumido y lo saludas con tu ingenio sutil, con tu ingenio gallego, como con un perverso venablo!

## IV

Entre mis manos tengo unas cuartillas satinadas, escritas con una letra pulcra. El libro se titula La tristeza de la paz. El autor se llama Wenceslao Fernández-Flórez.

La obra está leída. Pero el prólogo no está hecho.

Fernández-Flórez quiere salir al mundo literario en mi compañía. Quiere que ponga unas cuartillas que sirven de avanzada á su andanza primera.

¿Un juicio crítico? Desatino sería el intentarlo. ¿Una alabanza pronta? Acaso la achacarais á compadrazgo ruin.

Usted, lector, cuando termine el libro, dirá lo que estime oportuno.

Yo solamente quiero decir que, si hubiese firmado La tristeza de la paz, me sentiría orgulloso por haber escrito una maravillosa obra de arte.

Luis ANTÓN DEL OLMET

